

de ella. De la laica todos conocemos los resultados. Ha dejado de enseñar a creer en Dios para enseñar a adorar al ídolo Patria; ha dejado de modelar a la infancia en la creencia religiosa para fabricar sólidos patriotas, pasivos ciudadanos, fieles a las leyes humanas. Si bien ayer eran esclavos de la justicia divina, hoy no lo son menos de la humana. «Instrúyase al niño racionalmente, enséñesele a odiar toda la reata de instituciones malsanas, hágase de él el anarquista futuro y así acabaremos fácilmente con todo lo que da origen a que el malestar exista sobre la tierra».

Así se ha razonado y así se ha dicho. Se ha hablado de táctica racionalista, de principios racionalistas, de doctrina racionalista y de ideas racionalistas. Y todo aplicado a la enseñanza, haciendo de ésta un dogma, un credo, una capilla más.

También se ha dicho después, al erguirse alguien en armas contra el doctrinarismo en la escuela, que «con el racionalismo se persigue la instrucción sana y razonada, libre de errores y de prejuicios».

Sin embargo, permítaseme dudar de esta afirmación ligera, porque conozco un tantico lo que se ha enseñado en nombre del racionalismo. Y lo aboco brutalmente: en nombre del racionalismo se ha hecho propaganda anarquista: se ha dicho al niño que el propietario es un ladrón que audazmente ha legitimado el fruto de sus rapiñas; que es ridículo que los hombres se vistan de soldados, que Dios no existe, que un día la humanidad vivirá sin tiranos, sin armamentos, sin leyes, sin propietarios; que ese día los productos del trabajo común estarán a la disposición de todos, que el crimen desaparecerá y que todos vivirán en armonía.

¿Hay en esto errores? ¿hay prejuicios? Dentro del círculo de la buena fe también hay plaza para la equivocación. Somos demasiado simplistas y también demasiado ambiciosos. Porque, acaso, ¿no es ridículo el querer obtener un filósofo o un sociólogo a

la edad de doce años? Guardémonos para nosotros nuestras predicaciones y no intentemos atormentar con nuestros complicados asuntos a los que viven la edad de la pelota y no la de la reflexión.

Porque ¿no es un verdadero crimen forzar al niño a abordar problemas sociales? ¡Y en qué forma!, imponiéndole nuestras creencias, haciéndole heredero de nuestras opiniones, enseñándole a rezar con nuestros rosarios, encerrándole en la cárcel de nuestras opiniones, colocándole la camisa de fuerza de nuestras doctrinas. Mal que nos pese continuamos la tradición. Como los religiosos, como los demócratas, nos hemos lanzado a la caza del niño, poniendo, como los demás, la escuela al servicio de un dogma, de un prejuicio, de un régimen con más o menos (depende del entusiasmo, de la imaginación) probabilidades de realización.

¿Y esto, en virtud de qué derecho, señores anarquistas? ¿Es en nombre del anarquismo que imponéis vuestras ideas? ¿Es que ya habéis olvidado que el anarquismo se hermana muy malamente con todo gesto de imposición? Renunciad terminantemente a vuestra etiqueta si tal os ha sucedido, pues, a lo sumo habréis cambiado el ropaje, pero seguís remedando a vuestro antepasado del medio evo. Y queráis que no, dejáis de ser anarquistas los que aprovechando la poca resistencia de la infancia imponéis a ésta una opinión, el dogma de una sociedad problemática.

En el terreno de lo opinable todo se puede afirmar y todo se puede negar. Los argumentos no faltan... ¿Por qué estáis, pues, en la certidumbre de que sois los poseedores de la verdad incontestable, de que el mañana os pertenece, de que las cosas seguirán el rumbo por vosotros trazado? ¿Jamás os ha asaltado la duda de si estáis atascados en el error? ¿Jamás habéis discutido interiormente vuestras creencias? ¿Jamás habéis llegado a pensar que la sociedad de vuestros ensueños, preexplicada en todos sus detalles, será